

se ven nacer en el arroyo; el gentío inmenso que, en oleaje infinito, desborda las calles.

Ir saltando y luego en la plaza de San Pedro caer de rodillas; porque como Roma es la madre, y madre es quien tiene en el regazo, aquí la rodilla en tierra se impone. Uno se la impone a sí mismo. Con dulzura celeste.

En el puente de Avignon le preguntó Petrarca a unos peregrinos que de dónde eran y a dónde iban. Le respondieron que eran romanos y que iban a Compostela, preguntándole a su vez si también él naciera en Roma. Les contó que de Arezzo. Evocó el pueblo toscano, tan alegre entre las quimeras etruscas. Mas, cortando la evocación, concluyó afirmando: «¡Ah!; pero de alma soy romano enteramente».

«Amch'io». ¿Y quién no? ¿Quién podría ser hombre entero si Roma no le diese la primera en la frente el bautismo, y la última pulgada que confirma decisivamente en lo humano?

Pues sólo así hay humanidad completa. Sólo así los siglos y las gentes se unen. Hay que venir a Roma para unirse y no confundirse, porque esta ciudad es la comunión de los Santos, es la Asunción hecha arquitectura y es casi el reino de Dios en condición peregrina; reino de Dios para romeros, para romanos y hasta para el arzobispo de Canterbury, que protesta contra la infalible Asunción de María.

Porque aquí todo se une sin confundirse, saltan a la vista en las multitudes peregrinas las diversas patrias. Pero los que menos se confunden de todos son los españoles, que caudalosamente se evidencian en el inmenso gentío peregrinante. Ni a uno solo lo he notado confuso, tomando equivocadamente una calle por otra. Como si hubieran nacido

aquí, van sin vacilar por el itinerario debido y encuentran, infalible, a imagen y semejanza del Pontífice, los lugares deseados.

Ayer, José María Gutiérrez del Castillo les dijo a los maestros: «Mañana oiremos misa en Montserrat». Y todos afluyeron por Villa Giulia sin la menor incertidumbre.

Se sucedieron las misas españolas en la iglesia española de Roma. Yo estuve en la de los militares. Era emocionante ver a nuestros héroes con tanto fervor recibiendo la comunión. Era emocionante pensar en cómo ha recobrado España su fe y ascendido en ella. Sin duda. Pues sólo les noté a nuestros compatriotas un leve movimiento de duda ante las tumbas de los Papas Borgias, que ahí están enterrados. Y ahí las incertidumbres se comprenden, porque los escudos de esos dos Pontífices están equivocados, habiendo puesto el de Calixto en el sepulcro de Alejandro y el de Alejandro en el de Calixto.

Se comulgaba en todas las capillas a la vez. Luego el obispo de Madrid-Alcalá rezó una oración ante la tumba de Alfonso XIII. Y una ilustre dama puso en nombre de todos un ramo de flores donde yace el último rey de España.

A la tarde se ha celebrado una procesión gigantesca que, saliendo del Coliseo a las tres, está llegando a la plaza de San Pedro en este instante. Ahora sale el Papa a recibirla. El Papa de la Asunción. Y todas las luces que tiemblan entre la columnata se eclipsan ante la radiante claridad que espelnde desde la silla gestatoria.

En el rumor de plegarias que vuelan por el ámbito glorioso yo rezo los dos versos del Canto 32 del Paraíso, en que Dante declara con precursoras palabras la Asunción de María:

*Con le due stole nel beato chiostro
son le due lucié sole che saliro.*